

Tinta y pixel

Jesús Silva-Herzog Márquez

Nos han dicho que el libro es solamente el recipiente de la escritura. Tan libro es la edición antigua e ilustrada del *Quijote* como la pantalla en la que fluyen cada una de sus letras.



Nota. Estimados lectores, el texto que a continuación les ofrecemos nos sugiere desviar nuestra mirada hacia uno de los objetos más familiares: el libro impreso.

En los últimos años se han escuchado algunas voces vaticinando su declive definitivo. Las pantallas de los celulares, de las tabletas, del mismísimo Kindle, han ganado un terreno enorme entre los lectores del mundo. Todo indica que nos tocó ser testigos de una interesantísima batalla. ¿Morirá el libro impreso? ¿Se convertirá en un objeto extraño, digno de una tienda de antigüedades?

Un pequeño dato viene a documentar las condiciones tan difíciles en las que navega el libro impreso.

En el Programa de Racionalidad Presupuestaria 2025, UNAM, diciembre de 2024, en el apartado III, incisos 4 y 5 leemos:

El presupuesto asignado a la partida de Encuadernaciones e Impresiones se reducirá en un 20% con relación al monto asignado en el ejercicio anterior. Por lo que se refiere a las publicaciones se priorizará la edición digital de obras y su comercialización en formatos electrónicos. Se buscarán esquemas de impresión bajo demanda o similares que resulten adecuados y que no impliquen un gasto para la Universidad.

¿Cómo ven?

Regresando a lo nuestro, el artículo que les ofrecemos es parte del libro

Andar y ver,
Jesús Silva-Herzog Márquez.
Editorial Penguin Random House.

La versión original apareció en el periódico Reforma en el año 2015.

Leer en Kindle es una experiencia idéntica a leer en papel, nos dicen los entusiastas de la novedad. Los signos comunican el mismo mensaje así estén inscritos en piedra, en papel o en tijera. Absurda nostalgia, la del lector que se aferra a ese bulto, pesado, grueso y polvoso. Las ventajas son innegables. Se puede cargar una biblioteca en la bolsa sin cansarse el brazo. Los entusiastas empiezan a ver las librerías como tiendas de antigüedades. Se ríen de la única función de esos arcaísmos: sólo un libro contiene un libro.

Ese volumen de *Moby Dick* cuenta solamente un cuento, mi Kindle, dirán presuntuosos, tiene a la ballena y al submarino, al astronauta y a la bruja. Resulta que la experiencia no es la misma. Que el medio no es transporte inocuo de las letras. Quienes nos aferramos al papel no lo hacemos solamente por añoranza del peso y los olores, sino por advertir un tipo de vivencia, por honrar un vínculo con el texto, por practicar una gimnasia dactilar que termina por acercarnos de un modo peculiar a los símbolos.

Cualquier lector sabe que su edición es un puente único a la lectura. Entiende bien que la tipografía y la disposición de los espacios, que el grueso del papel y la imagen de la portada marcan el cortejo de su lectura. El dispositivo en el que leemos marca la experiencia lectora. No es lo mismo leer en la pantalla que en el papel.

Maria Konnikova publicó hace un año un artículo en *The New Yorker* (*Being a Better Online Reader*, 16 de julio de 2014), que vale rescatar. El cerebro reacciona de modo distinto a la palabra “casa” cuando está escrita en papel que a la misma palabra escrita en una pantalla. Podría decirse que, en pantalla, la palabra es la fachada y en papel es la fachada y la cocina, la alacena, la recámara y sus cuadros. Hay, en la lectura, una fisiología.

No puede pensarse que los elementos tecnológicos del libro sean irrelevantes. Un libro tradicional tiene una entidad física que llama a cierta postura, a ciertos ejercicios manuales.

El texto avanza gracias a nuestros ojos y nuestras manos. No se escurre angustiosamente por una ventana, permanece con tranquilidad en su sitio. El párrafo que nos cautiva está siempre en su sitio. Por eso recordamos que ese pasaje estaba en la zona baja de una página impar. Tal vez no recordamos el capítulo, pero ubicamos ese territorio.

El argumento de Konnikova es que, a través de la pantalla, apenas rozamos la lectura. Nos quedamos en la superficie porque tendemos a brincotear. El papel, por el contrario, nos exige una concentración mayor. Nos invita a profundizar, a penetrar los significados que se encierran entre las tapas de un libro. Eso: el libro es un paréntesis del mundo.

Estudios que la escritora cita lo demuestran. Un experimento dio a dos grupos del mismo nivel escolar y de conocimientos equivalentes el mismo libro en dos formatos. Un grupo leyó en papel y el otro en “e-book”. Quienes leyeron en papel comprendieron mejor lo que el libro decía, los lectores electrónicos se quedaron en la superficie del texto.

El mosquito que ronda la oreja de nuestra era es la distracción electrónica. La información de todo, accesible todo el tiempo, la comunicación perpetua, con todo mundo. El papel, silencioso y quieto, es un espacio de resistencia. ●